

¿Inteligencia Artificial Vs Inteligencia Humana?

Artificial Intelligence vs Human Intelligence?

Pbro. Dr. Alejandro Ramos
UFASTA

RESUMEN

“Voy a aniquilar la humanidad”, declaró en marzo de 2016 en una conferencia de presentación el robot Sofía, el más humanoide de los robots con una capacidad admirable de imitar gestos y respuestas humanas fabricado por la compañía americana Hanson Robotics, causando terror en los asistentes y en todos aquellos que se enteraron de la noticia dejando sobre la mesa un viejo temor. El temor de un desarrollo tecnológico que finalmente se escape del control humano y ponga en peligro nuestras vidas, es un tópico frecuente en el análisis ético de los avances actuales de la tecnología. Estos temores estuvieron presentes desde los comienzos de la robótica y seguramente eso impulsó la necesidad de tener normas éticas para poner límite a esos peligros, como hizo Isaac Asimov. Esos temores pueden resultar fantásticos como sucede en la serie de tv Black Mirror cuando un robot con forma de perro cargado de armamentos comienza a perseguir personas con el objetivo de asesinarlos; sin embargo, algunos acontecimientos actuales como el empleo cada vez mayor de IA en armas sofisticadas para la guerra nos hacen pensar que no es tan infundado el miedo. Si bien resulta poco factible que Sofía concrete ese “desliz” informático, hay amenazas que si pueden ser reales si recordamos, por ejemplo, los autos autónomos que causaron la muerte de peatones, o la posibilidad de un error en una operación militar con drones que elimine a personas inocentes.

PALABRAS CLAVE: robótica; control humano; inteligencia artificial; análisis ético

ABSTRACT

"I'm going to annihilate humanity," declared in March 2016 at a presentation conference the robot Sofia, the most humanoid of robots with an admirable ability to imitate human gestures and responses manufactured by the American company Hanson Robotics, causing terror in the attendees and in all those who learned the news

leaving an old fear on the table. The fear of a technological development that finally escapes human control and endangers our lives is a frequent topic in the ethical analysis of current advances in technology. These fears were present from the beginning of robotics and surely that drove the need to have ethical standards to limit those dangers, as Isaac Asimov did. Those fears can be fanciful as in the TV series *Black Mirror* when a dog-shaped robot loaded with weapons begins to chase people with the aim of murdering them; However, some current events such as the increasing use of AI in sophisticated weapons for war make us think that fear is not so unfounded. While it is unlikely that Sofia will realize that computer "slip", there are threats that can be real if we remember, for example, the autonomous cars that caused the death of pedestrians, or the possibility of a mistake in a military operation with drones that eliminates innocent people.

KEYWORDS: robotics; human control; artificial intelligence; Ethical analysis

Potencialidades de la IA al día de hoy

La IA puede ser una amenaza real para nuestra vida si los seres humanos perdemos el control de sus acciones, o bien, si perdemos el control de los seres humanos que la usan. En ambos casos, se trata de resolver los problemas éticos que plantean las diferentes aplicaciones de la IA, en otras palabras, que podamos darle un sentido humano al desarrollo tecnológico.

Ya sabemos que la IA nos ganaría jugando al ajedrez o al Go, por más que seamos campeones en esas disciplinas; también somos conscientes de la enorme cantidad de información que pueden procesar los algoritmos con una velocidad sorprendente; ahora, incluso, estamos sorprendidos por esta nueva etapa de la computación inaugurada por el *machine learning*, por esta capacidad asombrosa de aprender por sí mismas que tienen algunas máquinas y programas lo que hace soñar a varios con llegar a desarrollar una IA General, es decir, autónoma, con capacidad para dirigirse a sí misma, sin intervención humana. Para algunos, esto es imposible; para otros, sólo faltan unas décadas para lograrlo y, aunque no sabemos bien si se dará y cuando será esto, la cuestión que nos plantea, como dice uno de los filósofos más importantes de la actualidad en esta materia, Max Tegmark, es finalmente ¿qué queremos con todo el desarrollo tecnológico? ¿qué es lo que realmente necesitamos de la IA para mejorar nuestras vidas?

Las posibilidades que nos ofrece la IA de mejorar la salud son realmente enormes y están evolucionando día a día. En febrero de 2023 comienza la segunda etapa de prueba de un implante cerebral para tratar la depresión mediante la colocación subcutánea de un chip que emite pulsos eléctricos cortos y pequeños a la parte del

cerebro afectada por esta enfermedad, una de las que más afecta a la población mundial. La noticia fue anunciada por la empresa Inner Cosmos de EEUU, pero no es la única que está haciendo estas pruebas; también Neuralink de Elon Musk, Syncrohn, Stentrode, etc. están investigando en esta línea, con aplicaciones a distintas enfermedades mentales, como el Parkinson, por ejemplo.

Estos experimentos nos ilusionan con una mejora sustancial en los tratamientos médicos actuales, sin embargo, ¿la posibilidad de fusionar la IA con nuestro cerebro no será aplicada con otros fines también en el futuro cercano? Tal vez podríamos imaginarnos, como propone Susan Schneider, investigadora de la NASA en IA, que en el 2045, salimos de compras y hacemos una parada en el Centro de Diseño de la Mente, donde nos ofrecen chips cerebrales para mejorar nuestras capacidades de memoria, de hacer cálculos matemáticos o desarrollar habilidades musicales nuevas. ¿Cuál elegiríamos? O ¿qué androide nuevo compraríamos al salir de allí para realizar tareas domésticas? (Schneider 11).

La primera cuestión, por lo tanto, que dilucidar es la naturaleza propia de la IA, en qué sentido podemos decir que es una inteligencia con propiedad y cuáles son las semejanzas y diferencias con nuestra inteligencia, para poder encontrar el camino que nos indique de qué manera ambas pueden trabajar juntas con un mismo fin: ayudarnos a ser felices, como individuos y como sociedad global.

Para comenzar, deberíamos tener en cuenta una observación del filósofo francés Eric Sadin. Para este pensador, la IA no es propiamente una inteligencia. El primer error que se comete habitualmente, sostiene, es llamar inteligencia a lo que no lo es: “esto es sólo un modo de racionalidad basado en esquemas restrictivos y que apuntan a satisfacer todo tipo de intereses” (2020: 37). Sadin tiene razón porque la primera tarea que hay que emprender en el análisis de la IA es precisamente no dar por supuesto que el nombre implica una semejanza tal que, desde el vamos, se pueda confundir lo que una y otra forma de inteligencia realizan. Los que se plantean la posibilidad de que la razón sea reemplazada y superada por esta nueva forma de construir conocimiento deberían comenzar por explicar lo que una y otra producen.

Sin lugar a duda, hay acciones que son semejantes, más aún, existen algunas acciones en las que la IA supera ampliamente a lo que puede hacer nuestra limitada capacidad, sin embargo, en esas comparaciones normalmente se tienen en cuenta aquellas tareas similares y no se ve el conjunto de acciones y lo que cada una puede aportar a nuestra vida. Así, por ejemplo, si comparamos la función de memorizar y la capacidad de procesamiento de esos datos guardados en la memoria, tenemos que reconocer que la posibilidad de acceder a la cantidad de información registrada en la web, la nube, o en un dispositivo como el teléfono inteligente y la búsqueda en todos esos archivos de los datos que realmente necesitamos es asombrosa e imposible de alcanzar para la inteligencia humana. Pero, ¿la memoria en nosotros es sólo archivar datos? ¿no hay un sentido existencial más profundo? Y si pensamos en las cosas que conservamos en los recuerdos importantes de la vida ¿sólo interviene la razón? ¿no hay además un afecto, una emoción, algo que le da un valor distinto?

Si concebimos la inteligencia como la capacidad de resolver problemas complejos, como hacen algunos, indudablemente tenemos que reconocer que la IA nos está dando una mano muy grande en la vida diaria al evitarnos la pérdida de tiempo y dinero en trámites presenciales engorrosos y ayudándonos de manera concreta a vivir mejor, al menos en este sentido. Vivimos en dos mundos, mejor dicho, en dos realidades, la del mundo físico de siempre, y la del mundo virtual en la que muchas tareas resultan más livianas y eficaces para nosotros. Sería un error no reconocer que estamos mejor que antes cuando todo implicaba un desplazamiento físico desgastante en todo sentido y podemos dedicar esas energías y tiempo a cosas más valiosas. Me viene a la mente la frase de una de las profesoras de filosofía de la universidad: “Estoy encantada con la educación virtual, porque ahora tengo dos horas más cada día para estar en casa con mi familia”.

Pienso, también, en el tiempo que antes pasábamos haciendo trámites o esperando ser atendidos en la fila de un banco, o en la facilidad con que conseguimos a través de celular consultar a nuestro médico por alguna atención rápida; o en la posibilidad de conseguir de una manera más ágil, directa y tal vez más económica algo que busquemos en la web; etc. Todo ese tiempo ahorrado debería ser usado para mejorar nuestra calidad de vida, para buscar la salud del cuerpo y del alma o para realizarnos ayudando a otros en lo que necesitan.

Pero, al mismo tiempo, nos sorprende darnos cuenta cada vez más seguido cómo nuestras decisiones están determinadas por la IA, desde el inicio de nuestra jornada lo que pensamos, elegimos y hacemos depende de las indicaciones de las numerosas aplicaciones que instalamos en nuestro Smartphone y sin las cuales nos resultaría difícil conducirnos, estaríamos extraviados sin esa voz que nos dice qué es lo verdadero o qué es lo mejor para nosotros. También nos deja atónitos descubrir la cantidad de información sobre nosotros que tienen tanto las organizaciones públicas como las empresas privadas. ¿Cómo es posible que reciba un correo de una financiera que desconozco ofreciéndome un préstamo para pagar la tarjeta de crédito cuando hice gastos grandes? ¿Ese mundo asfixiante de la serie Black Mirror en el que ya no hay espacio para la libertad es acaso algo cercano? ¿Seremos felices viviendo así?

Para que los desarrollos de la IA nos ayuden en nuestra búsqueda de felicidad, es necesario encontrarle un sentido humano, es decir, lo que realmente nos puede aportar para que nuestra vida sea más plena en un sentido integral (Tegmark 295). En esta dirección, nos puede ayudar el esfuerzo por comprender la naturaleza misma de los desarrollos informáticos, sus posibilidades y sus limitaciones. Para cumplir con esta tarea, podemos tomar el lenguaje de una y otra inteligencia para comparar lo que cada una realiza y de qué forma se pueden complementar. El lenguaje, como veremos, no es más que el vehículo de la inteligencia, pero en un sentido hablamos de lenguaje entre los seres humanos y en otro, muy diferente, de lenguaje en computación.

Lenguaje humano vs. lenguaje informático

El lenguaje en informática es sólo un tipo de lenguaje, el performativo, esto es, el que da órdenes para que se lleven a cabo acciones concretas con los datos que se le

ingresan a un programa determinado; mientras que el lenguaje humano es un conjunto de símbolos organizados en una estructura por una comunidad de personas. El lenguaje computacional es binario, está conformado por ceros y unos que traducen a la computadora impulsos eléctricos que pasan corriente con el uno y con el cero no. Con estos ceros y unos, se construyen palabras que actúan como comandos de acciones que ejecutan los programas, los códigos con los cuales nosotros nos comunicamos con el computador. Hay tres niveles de lenguajes en informática: el lenguaje binario, el lenguaje ensamblador, con el cual damos órdenes al hardware y al teclado, y el lenguaje de alto nivel, que es el que traduce al computador acciones complejas al que nosotros asignamos un nombre. Así, por ejemplo, en un programa usamos “if” del inglés para expresar una condición, o “for” para repetir la acción varias veces. Estos lenguajes de alto nivel que sirven para programar son varios, como el C, C++, Java, Python, etc., y tienen una sintaxis y una semántica, es decir, un conjunto de símbolos organizados y un significado que se traducen en unos y ceros para que la PC pueda comprender y ejecutar lo que le pedimos. Así el lenguaje en informática nos permite una comunicación con el computador que “entiende” lo que le estamos ordenando.

El lenguaje humano, en cambio, es algo mucho más complejo porque si bien tiene también una sintaxis y una semántica no sólo traduce códigos para ejecutar acciones, sino que permite una comunicación de ideas, sentimientos, deseos, etc., que tienen para la vida humana un rol fundamental. La comunicación es esencial para establecer vínculos entre las personas y así poder realizarse en el trabajo, en el amor y en la vida social. Los seres humanos, por nuestra condición de seres espirituales y materiales, estamos abiertos a los demás y la felicidad se logra en esa comunión personal y social que buscamos de manera permanente respondiendo a nuestra propia naturaleza. El lenguaje, en este caso, es vehículo de la inteligencia, pero de una inteligencia que tiene un sentido existencial más elevado. Por eso, me parece que se equivocan los que definen la inteligencia como una capacidad de resolver problemas complejos; la inteligencia humana es mucho más que eso, es la facultad del alma que mediante el conocimiento debe guiar nuestra vida y nos abre al encuentro con el otro.

Para tener una idea más clara de las propiedades del lenguaje humano, podemos compararlo con el lenguaje animal, pues mientras en este caso el lenguaje es instintivo y mediante sonidos busca expresar el deseo de satisfacer necesidades biológicas o de huir de un peligro, el lenguaje humano, en cambio, no es el resultado de un instinto, sino la comunicación de ideas, emociones y deseos por medio de un sistema de símbolos producidos de manera deliberada. El lenguaje humano es vehículo del pensamiento que se expresa en palabras, está hecho de palabras, y tiene la posibilidad de emitir y recibir un número ilimitado de mensajes. El lenguaje humano, en definitiva, es posible por el pensamiento, por la posibilidad que tiene el ser humano de conocer las cosas, concebir ideas en su mente y expresarlas en palabras. Para decirlo de otra manera, el lenguaje contiene al pensamiento, es su vehículo, ya que comprender una palabra es saber qué significa y saber qué significa es saber usarla.

El pensamiento del hombre está abierto a todas las cosas, tiene como objeto los seres existentes, por eso, es ilimitado. Pero también tiene la posibilidad de conocerse a sí mismo, por lo que puede modelar libremente su vida. Es una facultad espiritual,

porque produce seres inmateriales a partir del conocimiento que tiene de las cosas particulares, reside en el alma, pero se halla sustancialmente unida a un cuerpo material, por eso no conoce en acto todas las cosas ni tiene una autoconciencia absoluta. El ser humano no es su intelecto. Su conocimiento no agota la realidad. Además, la inteligencia humana no sólo conoce algo, sino que tiene también capacidad de juicio, es decir, de afirmar si es verdadero o no. Esta capacidad de juicio de la razón se funda en evidencias que actúan como primeros principios, como leyes del pensamiento. Así, por ejemplo: “el ser es y el no ser no es”, esto significa que no es pensable o real lo contradictorio. Esta ley o razonamiento no existe en las máquinas ni en los programas informáticos, como tampoco la conciencia de sí, la conciencia de estar construyendo un significado con las palabras, aunque organice una frase. La lógica de la máquina es la que le pone el constructor del lenguaje con el que programa.

Para decirlo con otras palabras, la inteligencia artificial simula algunas de las tareas que realiza la inteligencia humana, las que programa el informático del programador, pero no puede realizar todas las acciones que tiene la inteligencia humana. Un robot humanoide puede contestar acertadamente las preguntas para las que ha sido programado y, además, imitar algunas de las emociones humanas, pero no puede expresar lo mismo que el ser humano porque no tiene un cuerpo unido sustancialmente a un alma humana. El ser humano no recibe desde afuera su energía y capacidad de procesar información, sino desde adentro; es un organismo vivo con capacidad de producir entes inmateriales como las ideas y realizar funciones imaginativas, de memoria y de valoración que la máquina no puede cumplir por no tener un cuerpo con vida. Por último, el fin de la vida humana no es sólo vivir, sino que la persona forma parte de un sistema orgánico que tiene tendencia a crecer y expandirse (multiplicarse), algo que tampoco realizan las máquinas. Son acciones propias de un ser que, por su naturaleza, es inteligente y que usa esa capacidad para vivir de una manera autónoma y humana, algo que en un robot nunca se dará.

¿Competencia o cooperación?

Hasta aquí, vimos algunas diferencias entre la Inteligencia Artificial y la Inteligencia Humana, podríamos mencionar algunas más, sin embargo, puede ser una mejor idea ver de qué manera se pueden complementar y potenciar teniendo ambas un mismo objetivo: contribuir al desarrollo personal y global. ¿O acaso se trata de una competencia entre enemigos? ¿Para qué nos sirve competir con los algoritmos y las máquinas? Los programas ejecutarán las acciones que los seres humanos programemos, por lo tanto, el problema ético de fondo a resolver es qué queremos lograr con nuestra inteligencia.

Para comenzar con esta búsqueda, podemos preguntarnos: ¿tener un mayor coeficiente intelectual nos asegura una mayor felicidad a las personas? Seguramente para muchos existe una asociación inmediata entre inteligencia y felicidad confundiendo ésta última, tal vez, con el éxito individual. Sin embargo, hay un dato insoslayable de la realidad y es que las personas más inteligentes son capaces de alcanzar significativos logros personales, en el ámbito profesional, por ejemplo; pero

eso no significa que sean más felices ni que contribuyan realmente al bienestar de los demás, porque, al mismo tiempo, pueden resultar ser individuos centrados en sí mismos, distantes de las necesidades de los demás, o peor aún, usar su inteligencia para aprovecharse de los otros, manipularlos para dominarlos, o bien, usar esa potencialidad para acumular un poder sin control moral. Lamentablemente, podemos comprobar que, en algunas ocasiones, las personas que ocupan lugares de mayor responsabilidad en organizaciones o en la sociedad política no son los que llevan una vida más feliz, como lo demuestran ampliamente las encuestas de satisfacción personal, al menos, no tanto como aquellos que realizan un trabajo por vocación y con sentido de servicio.

Estas y otras constataciones existenciales nos permiten enfocarnos de entrada en el sentido que tiene el entendimiento en nuestras vidas, esto es, no como una facultad cuya única o primordial función sea producir conocimiento para la producción de cosas o efectos sociales, sino como la luz que debe guiar la existencia humana hacia su desarrollo integral. La tarea de la inteligencia no se puede limitar a ser una potencia que resuelve problemas complejos, como sostienen algunos estudiosos, sino que tiene que ser la luz que debe ordenar el alma y la vida mostrándole a la voluntad cuál es el verdadero bien que tiene que procurar si quiere su realización completa como persona. Es su tarea primordial mostrarnos el camino hacia una felicidad genuina, señalando el valor real que tiene, por ejemplo, la tecnología en función de ese fin. Es la que tiene que hacer la pregunta más aguda: ¿cuánto del desarrollo tecnológico realmente nos sirve para vivir mejor como seres humanos?

¿Podría la IA responder esta pregunta algún día? Seguramente lo hará, pero en un sentido diferente al que lo haría nuestra inteligencia, porque ella podría reunir una cantidad enorme de información desde la web y elaborar una síntesis propia, su opinión sería la de la mayoría de las publicaciones, algo que puede ser orientado por los motores de búsqueda o por la cantidad de publicaciones orientadas hacia una dirección predeterminada. Nuestra razón haría un trabajo diferente, recurriendo no sólo a las publicaciones de los demás, sino buscando razonar a partir de lo que nos conviene o no según nuestra naturaleza para realizarnos como seres humanos. Además, tendría en cuenta nuestra dimensión afectiva, nuestros sentimientos y todos los condicionantes propios de las diferentes situaciones personales para dar una respuesta lo más apropiada posible a cada persona. Un ejemplo de esto lo tenemos en la experiencia que hizo IBM hace unos años al poner a competir un programa de IA con una persona real. Se trataba de tener un juicio sobre la conveniencia de habilitar apuestas en líneas para eventos deportivos. La computadora de IBM concluyó que los personas somos libres y que cada uno debe decidir, la mujer que competía con ella concluyó de manera diferente, que eso no sería bueno dada la condición frágil, psicológicamente hablando, de algunas personas para dominar la tentación de apostar. Una respuesta que tiene en cuenta la condición humana y aquello que realmente le conviene para ser feliz.

La IA realiza algunas de las tareas de la inteligencia humana y comparte con ésta una característica asombrosa, la inmaterialidad, porque de la misma manera que el conocimiento en nosotros no ocupa un espacio físico, tampoco el almacenamiento de

datos lo hace, de manera tal que ambas tienen una potencialidad sin límites de “conocer” y producir cosas nuevas. Sin embargo, el intelecto humano tiene algunas características que la IA no posee, como por ejemplo, el sentido de alteridad por el cual percibe el mundo circundante de la realidad como algo distinto de sí mismo; o bien, como la reflexividad, es decir, la capacidad de conocerse a sí mismo como el que está pensando, algo que la IA no hace ni hará, aunque repita frases cargadas por su programador no comprenderá jamás el sentido de ser uno mismo frente a otro ser.

Por otra parte, como dijimos antes, ella trabaja en íntima relación con el cuerpo y sus sentidos, de hecho, toma información de la realidad a partir de los sentidos y todas sus acciones, como conocer o juzgar, están influenciadas por su sistema nervioso y sus sentimientos como explicaremos más adelante (Yepes Stork 53-56).

Por todo esto, la inteligencia humana actúa con libertad moviéndose a sí misma desde adentro, es decir, por decisión propia, sin ser dirigida por otro, y al servicio de las decisiones libres de las personas. Las elecciones personales están normalmente fundamentadas en el juicio de la razón, a pesar de estar condicionadas por aspectos afectivos. Es la luz de la razón la que elige el medio más adecuado para conseguir el fin que busca la persona. El fin concreto para satisfacer una necesidad o un deseo, pero también la que percibe que la vida humana en su conjunto busca un sentido trascendente, un fin que, más allá de los logros personales en esta vida, le dé un valor mayor a sus esfuerzos en el logro de una felicidad plena y duradera.

En este sentido, como veremos mejor más adelante, no podemos guiarnos por lo que sentimos porque las emociones y sentimientos necesitan del juicio racional que les permita objetivarlos, es decir, encontrar su valor real en orden a nuestra felicidad. La inteligencia humana cumple allí una función crucial en orden a guiar nuestras acciones y especialmente las relaciones que tenemos con los demás. Tarea que no debe ser delegada en nadie ni en ningún sistema inteligente externo.

Hay, además, otra función propia de la inteligencia humana que es que nos permite a los individuos tener una intimidad propia a la que sólo uno puede ingresar, que es al conocimiento de los verdaderos pensamientos y sentimientos que tenemos respecto de los demás y de uno mismo. Si uno no se abre espiritualmente a los demás, no es posible conocer ese mundo interior, de hecho, cualquier intromisión externa resulta algo violento que nos causa vergüenza o pudor. Es una característica de nuestro modo de ser que nos define como seres individuales distintos unos de otros y que está siempre en movimiento por las experiencias que vivimos.

La inteligencia natural al ser una realidad espiritual nos abre a los demás, aunque no podamos dejar de ser diferentes al resto, estamos espiritualmente abiertos a la comunicación mediante el lenguaje y a generar vínculos afectivos en los cuales nos realizamos como seres humanos. Algo que no sucede con la IA, porque a pesar de que un programa informático imite respuestas o gestos humanos, no está estableciendo una relación personal, sino repitiendo lo que el programador estableció o lo que “aprendió” a responder. El enamoramiento en este caso es sólo una ilusión, como finalmente se da cuenta el protagonista de la película *Her*, cuando Samantha da por

terminada la relación amorosa que mantenían para comenzar nuevamente con el próximo “cliente”.

Para expresarlo de manera sintética, tenemos que afirmar que la inteligencia humana cuando realiza sus operaciones maneja símbolos, conceptos y palabras, con conciencia de la sintaxis con la cual con esos símbolos construyen un discurso, de la semántica, es decir, con conciencia del contenido de ese símbolo, y con pragmática, con capacidad de usar esos símbolos para expresar una orden. Una IA, en cambio, puede reproducir esos símbolos en un orden porque puede producir una sintaxis, puede dar órdenes o ejecutarlas, pero no puede comprender lo que está diciendo, carece de semántica. La computadora puede manejar correctamente símbolos según determinadas leyes, pero no es capaz de referirse a lo simbolizado como símbolo (Arregui y Choza 302).

Todo esto nos lleva a concluir que no se puede identificar sin más la IA con la inteligencia humana, en realidad, la primera sólo imita, como ya dijimos, algunas de sus acciones, aunque no todas, no las que tienen que ver con lo más íntimo de un ser humano, con su condición de ser personal. La capacidad intelectual no consiste sólo en la habilidad para resolver problemas complejos, o para hacerlo de una manera más efectiva y precisa. La inteligencia humana tiene como tarea resolver cuestiones existenciales de mucho más valor.

Entonces, ¿tiene sentido establecer una nueva competición entre ambas? Pensamos que no, si los desarrollos de la IA pueden ayudarnos a realizar tareas complejas o mejorar nuestra salud o la economía, o cualquier otro aspecto de nuestra vida, puede ser una ayuda enorme a mejorar nuestra vida. Mientras que no sea algo que tienda a reemplazar la tarea de nuestra inteligencia en nuestras decisiones y nos lleve a perder una de las condiciones más propias de un ser humano: su libertad.

Semejanzas y diferencias entre la IA y la IH

Para comprender mejor las semejanzas y diferencias entre la IA y la IH, es conveniente tener presente la relación entre el cerebro y la inteligencia humana, es decir, cómo se realiza este complejo proceso de trabajo conjunto entre el alma y el cuerpo para que finalmente obremos como seres racionales.

El ser humano está en la cumbre de la escala de los seres vivos, cumple funciones que tiene en común con los otros niveles de vida, sobre todo, con los animales, pero realiza acciones que éstos últimos no pueden realizar porque su “conocimiento” se halla siempre vinculado a la realidad concreta que tiene delante. El hombre no sólo conoce la comida que está servida en la mesa, sino que también puede conocer otro tipo de comidas en otros países lejanos o en otro momento de la historia y eso porque puede superar los límites espacio-temporales. Además, tiene la capacidad de distinguir entre lo que es real, de lo que es ficción, y eso porque puede percibir el ser de las cosas, de manera tal que cuando tiene hambre no se conforma sino con algo concreto, por ejemplo. Estas habilidades cognitivas revelan una condición propia de la naturaleza humana y es que su inteligencia tiene la capacidad de abstraer, de separar las condiciones propias de los seres particulares para quedarse con la esencia de algo.

Puede pensar en lo que significa la comida, más aún, en pensar si es buena para su salud o no, y pensarse a sí mismo a partir de esa acción, porque su inteligencia es reflexiva. Esto le da la capacidad de tener dominio de sí mismo, de pensar en la cantidad de comida que necesita para vivir bien y en no dejarse llevar por el deseo descontrolado y convertir el acto de comer en un fin en sí mismo. La operación cognitiva, en otras palabras, junto con la voluntad, le da la capacidad de elegir lo que le hace bien, es decir, de ser libre, de estar por encima de cualquier condicionamiento externo o interno.

La inteligencia humana a diferencia de la IA produce conocimiento desde su interior en relación íntima con el cerebro. Como han demostrado los estudios de los neurocientíficos, el sistema nervioso del cerebro humano recibe una cantidad enorme de datos del exterior y del interior del organismo. El cerebro humano es el órgano de la inteligencia, por eso, cualquier afección a su funcionamiento normal afecta también al pensar, al hablar o al procesamiento de situaciones dolorosas, como podemos comprobar en la realidad.

La inteligencia en el ser humano es el fruto de un proceso complejo en el que intervienen el cerebro y el intelecto, un órgano corporal por el que recibe y procesa todos los datos que obtiene por medio de los sentidos, y una facultad espiritual que a partir de esa información produce las ideas. El producto final, los conceptos y juicios no pueden ser el resultado sólo de un órgano sensible porque las ideas trascienden los seres particulares, son universales, y ese tipo de conocimiento sólo lo puede producir una potencia que sea espiritual y que no esté limitada por los seres particulares, la razón.

Por este motivo, se puede decir que la inteligencia trasciende la materia, aunque no prescinda de ella; que todas las percepciones y pensamientos se hallan unidos en la experiencia que tenemos como sujetos de conocimiento en el “yo”, tenemos autoconciencia. Esta inmaterialidad nos da una dimensión nueva: la interioridad, como ámbito de nuestros sentimientos y pensamientos, lo que nos permite “llevar dentro nuestro” las personas y cosas que amamos. Además, esta trascendencia de la inteligencia nos da la capacidad casi infinita de generar nuevos conocimientos. En definitiva, la inteligencia humana opera a través del cerebro, de sus operaciones sensitivas y vegetativas, pero no es inmanente a él, lo trasciende, por eso, podemos decir que esta inteligencia es manifestación de una dimensión espiritual. Esta es una inteligencia encarnada que necesita apoyarse en circuitos cerebrales, porque necesita operar contando con la sensibilidad. La formulación de ideas usa de la información sensible que le proporciona el cerebro, incluso en el mismo acto de pensar, asociando palabras que conocemos, imágenes, recuerdos y experiencias que percibimos y conservamos allí. Pensar, por lo tanto, es un acto complejo en el que trabaja tanto el cerebro como la potencia intelectual, se piensa con los datos y las imágenes y se expresa lo pensado en palabras, frases, conceptos y juicios.

El pensamiento humano opera con símbolos, conoce no sólo las reglas para expresarlos, sino su significado y tiene la libertad de crear a partir de ellos nuevos símbolos, nuevos conocimientos. El pensamiento humano necesita de símbolos, palabras, en cuya gestación interviene el cerebro, proporcionando los datos sensibles,

a partir de los cuales la inteligencia luego elabora el concepto universal y abstracto que ya no está limitado a una realidad espacio-temporal. Así, entender, razonar, decidir son actos de la inteligencia que no puede pensar sin el cerebro (imágenes, palabras, experiencias), pero que puede pensar mucho más allá del cerebro. (Sanguinetti 189-191).

A pesar de estas diferencias, hay también similitudes entre la IA y la inteligencia humana, porque la primera imita el funcionamiento de ésta última que trabaja como un sistema de redes. La inteligencia humana produce conocimiento junto con la sensibilidad y el cerebro como un sistema complejo adaptativo, es decir, como un todo en el que las partes se influyen mutuamente y en la que se producen modificaciones para adaptarse a nuevos desafíos. El sistema nervioso humano funciona como una red de redes de neuronas conectadas sinápticamente y en esto la IA imita su funcionamiento mediante una modelización matemática. Este sistema tiene varias características que lo distinguen, en primer lugar, por su conectividad, por la asombrosa capacidad de conectar en diversas direcciones la información que reciben; en segundo lugar, por la diferenciación, en tareas y subsistemas; en tercer lugar, por la descentralización, porque elabora y distribuye la información de manera descentralizada; en cuarto lugar, su fragilidad y versatilidad, porque sus partes pueden dañarse, como le sucede al cerebro, pero éste tiene la capacidad de compensar ese daño asumiendo desde otro sector las mismas funciones, es la neuroplasticidad cerebral que tiene esta admirable capacidad de compensación; finalmente, tiene también la capacidad de aprender y corregirse a partir de la información obtenida, como de hecho hacemos en nuestra vida (Sanguinetti 208-218).

Esta íntima relación entre la inteligencia humana y el cerebro en el proceso del conocimiento demuestra la tesis de la unidad sustancial del alma con el cuerpo. La persona humana es un ser compuesto de una realidad espiritual y otra material, que están unidas de manera tal que no pueden separarse, al menos en esta vida. Así como sería un error afirmar que la inteligencia actúa sola y de manera independiente creando la realidad de las cosas, como hizo el idealismo en la historia de la filosofía, también sería un error sostener que el conocimiento procede sólo del cerebro. ¿Cómo un órgano material puede producir una realidad inmaterial que está por encima del espacio y el tiempo? O bien, ¿cómo la tarea de la inteligencia se ve afectada por un daño cerebral importante? Esta relación de influencia recíproca en el interior del sujeto que piensa no existe en la IA actualmente, y seguramente tampoco exista en un futuro, a pesar de los admirables avances que ha logrado el ser humano en la creación de esta “nueva manera de crear conocimiento”.

Por otra parte, esta relación entre la facultad espiritual y el órgano tiene un sentido existencial muy profundo, la autodeterminación de la persona, es decir, su capacidad de tomar decisiones, sobre todo, las decisiones más importantes de su vida, aquellas que determinan el rumbo de su existencia o la de su familia. La libertad es una característica propia del ser humano y una consecuencia de que este ser esté dotado de inteligencia y voluntad, y que sea, por lo tanto, responsable de sus actos. ¿De quién es la responsabilidad moral y penal del accidente en el que un auto autónomo atropella y mata a un peatón? Indudablemente, la IA no tiene responsabilidad en sí

misma, son responsables los programadores y dueños de la compañía que fabrica los dispositivos, quienes deberían tener conciencia de los riesgos que conllevan sus creaciones (Coeckelbergh 21).

La IA no tiene ni tendrá conciencia de sus actos, responsabilidad en el sentido humano, ni tampoco tendrá conciencia de sí misma, ni podrá percibir el sentido de los símbolos que une siguiendo una lógica para generar frases con sentido lógico como lo hace la inteligencia humana. La inteligencia humana, en cambio, no sólo puede realizar todos esos actos internos en los que interviene junto con el cerebro, sino que, por tener estas potencialidades, está abierto a los demás, es un ser que se realiza en la medida en que sale de su encierro personal y se abre por el amor a una relación de amistad, de familia o de pareja. Compartir ideales, comprometerse y ayudar a los que más necesitan, buscar un compromiso social y personal real son algunas de las manifestaciones de esta realidad interior en la que la inteligencia humana junto con el cerebro está permanentemente buscando y creando. ¿Podrá un robot como el Adán de la novela de Ian Mac Ewan, *Máquinas como yo*, enamorarse de alguien? ¿Podremos nosotros enamorarnos de un robot o de alguien que existe sólo en un programa como le sucede al protagonista de la película *Her*? En estos casos, ya no es la inteligencia ni la voluntad la que intervendrían, sino la imaginación, la inagotable capacidad de crear fantasías que tenemos los seres humanos.

En la vida real, en la que ya conviven la IA con la nuestra inteligencia tenemos por delante el desafío de comprender el verdadero alcance de este increíble invento humano, seguramente uno de los más revolucionarios de toda la historia, una inteligencia que imitando algunas de las acciones de la nuestra ya está pensando por nosotros, modificando nuestra manera de trabajar, pensar y amar, y, sobre todo, interviniendo en nuestras decisiones. Nuestra inteligencia debería dar un paso más y ponerse por encima de las tentaciones de éxito económico y pensar en un modelo de vida que integre ambas inteligencias, sin perder la libertad ni el sentido de la existencia humana, evitando que algunas compañías tecnológicas o estados nos usen para su beneficio propio, de modo que el uso de esta inteligencia no nos deje paradójicamente sin la inteligencia de gobernar nuestras vidas para elegir nuestro camino a la felicidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Arregui J,V.- Choza J. (1993), *Filosofía del hombre, una antropología de la intimidad*, Madrid, Rialp.
- Coeckbelbergh Mark (2020), *AI Ethics*, Cambridge, The MIT Press.
- Mcewan, Ian (2019). *Máquinas como yo*. Barcelona: Anagrama.
- Schneider, Susan (2021) *Inteligencia artificial, una exploración filosófica sobre el futuro de la mente y la conciencia*, Badalona, Koan.
- Sadin, Eric (2021), *La inteligencia artificial o el desafío del siglo*, Buenos Aires, Caja Negra.
- Sanguinetti, Juan José (2014). *Neurociencias y filosofía del hombre*, Madrid, Palabra.
- Tegmark, Max (2017), *Vida 3.0, Ser humano en la era de la inteligencia artificial*, Taurus, Random House.
- Yepes Stork, Ricardo (1997), *Fundamentos de antropología*, Navarra, EUNSA.